



El Clan  
de las Muñecas

---

Fabrizio Fajalce

## El Clan de las Muñecas

**Fabrizio Faillace**

# **EL CLAN DE LAS MUÑECAS**

Los derechos de propiedad intelectual de la obra quedan registrados según lo dispuesto en la Ley de Propiedad Intelectual (Real Decreto Legislativo 1/1996, de 12 de abril)

Número: M-005521/2014

Un viernes 21 de marzo del 2014 a las 17:02 se empezaron a escribir las primeras palabras de esta historia.

La ilusión, el entusiasmo, y las ganas con las que se escribieron las más de 93.000 palabras son las mismas con las que espero acojan los lectores la vida de los personajes que hay aquí dentro.

Quiero agradecer a los que día a día estaban ahí, dispuestos a oír mis avances, la serenata que muchas veces cansaba, pero que no dejaba de llevar un mensaje escondido: mi ilusión.

Agradecer especialmente a Valentina Briñez, diseñadora gráfica e ilustradora, quien a través de su indudable talento, supo interpretar perfectamente lo que estaba buscando para la portada de este libro.

## Índice

[Prólogo](#)

[La muerte del viejo Gregorio](#)

[El clan de las muñecas](#)

[La propuesta](#)

[El testamento](#)

[El origen de la muñeca Maravilla](#)

[El regreso a La Estrella](#)

[Valeria y Tomás: el punto de inflexión](#)

[El nuevo comienzo](#)

[Los sueños se cumplen](#)

[Con las cartas destapadas](#)

[El despertar](#)

[Información confidencial](#)

[Entre caballos y el destino](#)

[Valeria y Tomás: el sentimiento](#)

[Elena Robles](#)

## Índice (continuación)

[Las fichas del juego](#)

[La verdad sobre Guillermo](#)

[La verdad sobre Tomás](#)

[Cerca del fin](#)

[El día de la verdad](#)

[Aurora](#)

[El hospital](#)

[Manifiesto](#)

[Jacinta López](#)

[Epílogo: Para toda la vida](#)

[Agradecimientos finales](#)

## Prólogo

La pequeña Valeria miraba hacia el infinito. Sentada en un banco de madera, mecía su pierna sin ningún propósito. Los patos que nadaban en el lago la miraban, pero ni con eso lograba reaccionar. Parecía desconectada del mundo. Tenía nueve años, pero lejos de ser una persona feliz, llena de vida y energía, como toda niña a esa edad, vivía en su propia realidad, triste y oscura; realidad que sólo ella conocía.

—Valeria, mi amor, ¿qué te pasa? No me gusta verte así. ¿Por qué no vienes a jugar con tu hermano Guillermo?

Sus ojos oscuros parpadeaban ante la mirada atenta de su madre Antonia, quien no llegaba a conseguir que Valeria respondiera a su pregunta. La empleada se acercó con la caja de juguetes que Antonia había pedido para su hija. Entre pinturas, osos de peluche, y demás objetos, Antonia sacaba una muñeca, vestida de blanco con cuadros azules. Se la quiso entregar a Valeria, y fue ahí cuando despertó de su estado.

Tomó la muñeca, se detuvo a mirarla, e incluso quiso despojarla de su vestido, pero su fuerza de niña no se lo permitió. Las lágrimas empezaron a caer de sus ojos, y fue en ese momento cuando decidió lanzar la muñeca al lago. Los patos lograron esquivarla, y la muñeca flotaba en el agua. Se alejaba de la orilla ante la mirada atenta de Valeria. Sus ojos sólo dejaron de derramar lágrimas cuando ya la muñeca se había perdido en el agua. Abrazó a Antonia, y ella correspondió a su abrazo. Luego tomó de la mano a su madre y la empujó con ella, lejos del lago, lejos de la muñeca.

## Primera parte

## La muerte del viejo Gregorio

La habitación era lo suficientemente grande como para acoger a más de cincuenta personas, pero el espacio solo lo llenaba un escritorio antiguo Luis XV, dos sillas para visitas, un tocador sin usar, una mesa de noche, y la cama de matrimonio fabricada en roble. En esa cama, del lado izquierdo, yacía el cuerpo sin vida del viejo Gregorio Salinas. Del otro costado, se veía un gran ventanal por el que se visualizaban los jardines de la casa, y el sol despertaba creando un rayo de luz que llegaba hasta la cama del fallecido. Habían pasado escasos cuatro minutos desde que el monitor de signos vitales había dejado de mostrar picos débiles para convertirse en una línea plana que decretaba la muerte del señor.

— ¿Podemos apagar los aparatos, por favor? — pidió Valeria Salinas, mientras la enfermera del turno de la mañana se acercaba y con gran agilidad liberaba a la máquina del sonido deprimente.

—Lo siento mucho, señorita Salinas — declaró una conmovida enfermera.

—Gracias. Déjeme sola con mi papá — contestó fríamente Valeria, mientras daba dos pasos hacia adelante para quedar más cerca del cadáver de su padre.

Cuando sintió la puerta cerrarse con la salida de la enfermera, inició el monólogo con el cuerpo del patriarca, que ya no estaba ahí para escucharla. Incluso desde hace días no escuchaba ni hablaba. Su padre conservaba una tibia temperatura corporal, pero poco a poco la sangre iba deteniendo su flujo, lo cual automáticamente daba inicio a la metamorfosis que venía con la muerte, con la fría muerte. Previamente a su fallecimiento, los días habían pasado

lentamente, y la figura de aquel hombre lleno de energía desaparecía para mostrar cuán cercana estaba la muerte tocando a su puerta. Las mejillas de Gregorio Salinas desde hace semanas habían cambiado su color rosado, símbolo de su salud y lozanía, símbolo que se escapaba con su vida. Su rostro se había convertido en piel pegada al hueso. Sus brazos y piernas solo se movían tras los impulsos que las máquinas transmitían al cuerpo. El cáncer de hígado que hace dos meses se le había diagnosticado en estado avanzado lo había consumido rápidamente. Postrado en su cama desde hace semanas, Valeria no dejaba de observarlo detenidamente.

— ¿Porqué? — se lamentaba para luego hacer una pausa, conteniendo la respiración. Continuó hablándole a la soledad.

— Quizá eso era lo que me hubiera gustado saber antes de que te fueras. El porqué de tantas cosas, el porqué de tu indiferencia en muchos momentos. Muchas explicaciones que te pedí alguna vez, y que evadías con desprecio. Era tu hija... o al menos eso estipula la ley — continuaba Valeria mientras recuperaba el aire.

Sus ojos se empezaron a llenar de lágrimas, y solo podía sollozar. Dio unos cuantos pasos hacia atrás, hasta alcanzar la pared, y luego fue bajando su cuerpo deslizándolo por el muro, hasta quedar en cuclillas. Encogió sus hombros y poniendo sus codos en su abdomen, se llevó las manos a la cara. Se mantuvo quieta pero pensativa, y con su mirada perdida recorría su vida desde los siete años cuando conoció a su padre de crianza hasta ahora, a sus veinte y ocho. Secó sus lágrimas, y tomó fuerzas para volver a levantarse. Se acercó nuevamente a la cama. Cruzada de brazos seguía contemplando a su padre, sin ni siquiera tocar el borde de la madera, como queriendo delimitar la vida de la muerte.

— ¿No te parece curioso que sea yo la testigo de tus últimos respiros en este mundo? ¿De ser yo la única testigo de tu muerte? ¿De ser yo la última presencia que percibiste en este planeta?

De repente entró por la puerta Guillermo Salinas. Se detuvo a poco menos de un metro de la cama para también contemplar el cuerpo sin vida de su padre, y luego dio unos cuantos pasos más, hasta llegar a donde su hermana Valeria para darle un abrazo.

— ¿Te encuentras bien? — preguntó Guillermo a su hermana con un tono triste en su voz.

Difícilmente podía hablar por lo que solo se limitó a abrazar a Valeria, quien no dudó en apoyar su cabeza en el hombro de su hermano, su compañero de casi toda su vida, su amigo y confidente. Guillermo sacó un pañuelo perfumado de su bolsillo, y secó las lágrimas que recorrían el rostro de ella. Escondió el pañuelo nuevamente, y con su mano libre acariciaba la cabeza de Valeria.

— Dicen que las personas cuando están a punto de morir se arrepienten de sus malas acciones, tal vez por eso la palabra perdón era lo mínimo que esperaba que pronunciara, pero murió con esa soberbia con la que lo conocí — se lamentaba ella.

— No pienses más en eso — le dijo el hermano conciliador —. Sigamos adelante — concluyó.

— Así es. Ya tú sabes cuáles son nuestros siguientes pasos — replicó Valeria en tono desafiante.

Guillermo asintió pero se mostraba incómodo.

— Los de la funeraria estarán llegando en cualquier momento — comentó él buscando cambiar el tema de conversación.

—Ya sabes, directo al horno de cremación — ordenó ella.

—Estaba pensando que quizá...

—Ya habíamos hablado de eso. No queremos esas ceremonias ridículas donde la gente hace acto de presencia y los funerales se convierten en meras ceremonias sociales, donde lo último que quieren es velar a un muerto. Además, también habíamos quedado que no queríamos recibir ni ver a nadie. Dejaremos que la gente venga a la misa de las cenizas. Pero lo tengo claro, si fuera por mí, las cenizas se lanzarían directamente al mar, sin tanto trámite ni formalismos. Sólo tú y yo. Sin embargo, quise complacerte al menos con la misa.

—De acuerdo — contestó en tono seco Guillermo.

—Con su permiso — interrumpió la empleada de la casa.

—¿La funeraria? — preguntó Guillermo.

—No. Han traído unas flores, señor.

—¿Flores? También había olvidado eso. No sé qué haremos cuando empiecen a llegar los ramos de las amistades de *tu padre*. Las flores se marchitan y esta casa cogerá un olor tremendo — decía Valeria mirando a su hermano.

—Señorita, lo curioso es que las flores ya están marchitadas. Casi que podridas, diría yo.

—¿Cómo puede ser eso? Qué falta de delicadeza... — opinaba Guillermo sorprendido mientras Valeria salía de la habitación para echar un vistazo a las flores —. ¡Guillermo, ven! —gritó Valeria.

La empleada había colocado las flores en la mesa del centro del salón. Evidentemente eran flores marchitadas. Rosas negras. Y el hedor que destilaban era muy extraño. Una combinación de arena con agua putrefacta.

—Qué detalle tan de mal gusto — alcanzó a decir Guillermo.

—No es sólo las flores. Mira la nota dentro del sobre.

Valeria le entregó el papel a Guillermo, y él se apresuró a leerla mientras que Valeria detallaba minuciosamente el ramo.

**Siento mucho que su padre no hubiera vivido unos años más. Meresía un mayor sufrimiento por todo el daño que iso a lo largo de su maldita vida. A**

Guillermo retiró rápidamente el papel de su vista, y con mirada conmocionada se dirigió a Valeria.

— ¿A? ¿Quién es A? — Guillermo lanzaba la pregunta al aire —. ¿Alguien más sabía lo tuyo? — Y luego se dirigió a su hermana.

—Jamás ha salido de mi boca. Es algo que solo tú y yo sabemos.

—Pues entonces debe ser algún enemigo que tenía papá. Desde luego más amigos que enemigos, pero enemigos al fin y al cabo — aclaró él.

—Qué enemigo tan singular, ¿no crees? Evidentemente se trata de una persona marginada. Además, observa la ortografía. Y la caligrafía es espantosa — replicó Valeria.

Guillermo volvió a enfocar su vista en el papel mientras su mano temblaba con la nota.